

“¿Cómo te trata la vida?”

Fémina

Autor	Flavia Castagnola Pollarollo
Categoría	B
Modalidad	Cuento
Año de estudios	Quinto

¿Cómo te trata la vida?

Estoy en *Mcdonald's*. No me gusta la idea, odio ir a los *fast-food*: el olor a fritura, la comida grasosa, la multitud... ¿Qué hago yo, exitosa abogada, en un sitio así? Bueno, todo sea por Isabelita, mi engreída, que lo único que quiere es el regalo que viene con la *Cajita Feliz*. Estoy parada en la fila, el lugar está lleno. Entonces la veo: una mujer aún joven, pero muy descuidada. Está ordenando su pedido a la cajera. Rodeada de tres niños, probablemente sus hijos, de los cuales uno llora, otro se queja porque está cansado de esperar y el otro golpea a los demás. Ella, resignada. Pero no es esto lo que llama tanto mi atención. Apenas la vi, supe que la conocía, pero ¿de dónde?...

¡Fiorella Planas!

Compañera de colegio, cómo no olvidarme de ella... Inmediatamente me vinieron mil recuerdos a la cabeza: rubia, alta, regia, la más bonita de todas, todo el mundo decía que iba a ser modelo, la molestaban por su apellido porque de plana no tenía nada, y ella se reía con su falsa inocencia. ¿Qué chico no se moría por ella? ¿Qué chica no ansiaba ser como ella? Todos la creían tan buena, tan linda. Pero yo la odiaba, y no sólo por envidia: esa maldita decidió hacerme la vida imposible desde el primer momento en que me vio. ¿Por qué? ¿Por qué molestar a la gordita chancona de cuya existencia no mucha gente estaba enterada? Nunca lo supe, quizás se aburría, quizás en Kinder le hice algo malo sin darme cuenta y nunca lo olvidó... El punto es que se divertía fastidiándome, y su crueldad se fue sofisticando conforme pasaban los años.

Mi mente viajó a mi infancia. Me acuerdo que en primer grado me robaba la lonchera, me empujaba, me pegaba chicles en el cerquillo... Una vez me cortó un mechón de pelo y la acusé con un profesor. Fiorella lloró, gritó, hizo un escándalo y la castigaron. Creía que había ganado, pero me equivoqué. En el recreo, todas las del salón, incluyendo a las que yo consideraba "mis amigas", me rodearon y me insultaron tanto que lloré durante todo el día. Nunca más la volví a acusar.

No podía dejar de mirarla. Su ropa... ¡qué horror! Barata y pasada de moda, parecía provenir de Gamarra, ese mercadillo al que nunca he ido ni pienso ir. Su viejo pantalón deportivo, su polo con un ridículo *Dolce&Gabbana* en lentejuelas de imitación... Sí, probablemente se la había comprado ahí. Pensé en mi ropa, escogida en boutiques de Estados Unidos o Europa antes de que se ponga de moda acá, todo de marca.

Volví a sumergirme en mis recuerdos: mi cumpleaños número once. Yo no quería hacer una fiesta, pero mis papás insistieron, creyendo que eso me haría bien. Llegué a pensar que, de repente, por un día, podría ser el centro de atención. Cuando repartí las invitaciones, incluso sonreía, pero mi felicidad no duró mucho: Fiorella, en frente de todas, rompió la suya. Como era de esperarse, las demás la imitaron. No fui capaz de decirles la verdad a mis padres; me daba mucha vergüenza, así que les hice creer que había cambiado de opinión, que cancelaba la fiesta, y fingí un berrinche ante sus preguntas e intentos de convencerme.

Ahora observé su cuerpo. ¿Cómo pasó del cuerpo de modelo brasilera que exhibía con su uniforme apretado a esos rollos que se le salían por debajo del polo, a esa cantidad de grasa acumulada debajo del brazo y a esas piernas que reventaban el pantalón? Creo que ni tres embarazos lo justifican. Quizás con tanto *Mcdonald's*... Necesita un buen nutricionista, gimnasio y Pilates. A mí me ayudaron tanto que no se nota que fui gorda. Pasé mi mano sobre mi firme abdomen mientras recordaba todos los apodosos que me puso y que me gritaba cuando pasaba a su costado: “Redondela”, “Mamut” (no elefante, porque también era peluda), “Bola de Sebo”,...

Me acuerdo cuando estábamos en nuestro segundo año de secundaria. La mayoría de chicas de mi clase ya habían empezado a tener enamorado, y obviamente era Fiorella quien encabezaba la lista de las más “experimentadas”. Yo sólo podía pensar en algo: Juan Diego Rosas. Estaba en quinto, tan churro, y no sabía quién era yo. Se lo conté a mis amigas y obviamente el chisme se corrió. La gente no puede guardarse la información, le quema, tiene que soltarla. Cuando llegó a los oídos de Fiorella y su grupo de amigas, planearon una broma tan cruel, que ahora no puedo evitar reírme al ver a uno de sus hijos pegándole y jalándole

el pelo. Me hicieron llegar notitas románticas, supuestamente escritas por él. Las dejaban debajo de mi mesa, en mi mochila...Crédula, fui feliz durante varios meses, tan feliz que todo el mundo se percató de que algo me pasaba por el brillo de mis ojos y mi permanente sonrisa; y tan enamorada que no me di cuenta de la absurda historia: Juan Diego diciéndome todas esas cosas bonitas. No podía saludarlo en el colegio porque me había escrito que no lo hiciera y yo no le pedí explicaciones. A veces le guiñaba el ojo cuando lo veía. Tampoco podíamos salir, ni hablar por teléfono, y yo seguía crédula y no le pedí explicaciones. A veces llamaba a su casa y colgaba inmediatamente. La broma terminó un día en el que “Juan Diego” me citó al estacionamiento del colegio al terminar su entrenamiento de básquet, donde siempre esperaba a que lo recogieran. Nunca había estado tan emocionada como ese día en el camino hacia el estacionamiento: mi corazón palpitaba cada vez más rápido, mis manos sudaban, todo a mi alrededor era tan confuso, y yo imaginaba un futuro tan romántico y absurdo... Nunca voy a olvidar su mirada cuando me acerqué. Ese día quise desaparecer y el brillo de mis ojos y mi sonrisa no volvieron a aparecer.

Me fijé en un detalle: ¿dónde está el padre de sus tres hijos? Es domingo, no creo que esté trabajando. ¿Y si no hay padre? Madre soltera, ¿separada tan pronto?, ¿quién querría salir con ella ahora? Ahora está pagando. ¿Por qué se demora tanto? Nerviosa, discute con la cajera y mira a su alrededor: la gente de la cola está perdiendo la paciencia. Se agacha a hablar con el mayor de sus hijos:

– Adrián, anda y pídele al tío Charlie que venga un ratito.

Adrián se acerca a una mesa, donde un hombre algo menor de cuarenta años está sentado. Lo observé con atención: bajo, grueso, mal vestido. El tío Charlie se levanta con pesadez, enojado, y se acerca a la caja.

– ¿Otra vez?

– No sé qué pasó, no entiendo por qué me rebota la tarjeta de crédito...Préstame unos cincuenta, sólo para pagar esto, te lo devuelvo luego.

– Es increíble...increíble. ¿Sabes cuánto gasto en mantener a tus hijos? –Se da cuenta de que todos, los clientes y los empleados, lo están mirando. No le importa, sigue hablando en voz alta mientras abre su billetera y estira un billete hacia la cajera.

Se sientan en una mesa. La estoy viendo y no sé qué hacer. Me acerco.

– ¡Fiorella Planas! ¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy María Alejandra Espinoza... estuvimos juntas en el colegio.

– ¡María Alejandra! Sí... claro que me acuerdo de ti, ¡cuánto has cambiado! ¿Cómo estás?

– Yo estoy bien, muy bien. ¿Y tú?, ¿cómo te trata la vida?